

EL FIN DE UN MUNDO.

LIBRO PRIMERO.

El heredero.

Los que esperan su turno.—Lo que fué verdaderamente la Revolución francesa.—Las fórmulas aceptadas.—La tierra para los campesinos.—A quien aprovechó la Revolución.—Lo que decía el abuelo de ciertos conservadores.—Los recuerdos de pueblo.—Por qué no se ha escrito nunca la historia social de la Revolución.—Los representantes de la Breña católica y monárquica.—Los Cadoudal.—Un bardo.—Los Caradec, los Martin d'Auray y los Lamarzelle.—Bienes de emigrados y bienes de Iglesia.—La ironía de las cosas.

Al rededor del lecho de púrpura y de estiércol donde se muere esta sociedad en descomposición, el Pueblo espera. Muy convencido de que todo será suyo algún día, es más áspero que violento, ménos insistente de lo creíble; muestra, al contrario, cierta paciencia picaresca—paciencia de heredero...

¿En qué forma se hará la liquidación? ¿Qué saldrá del caos en medio del cual un mundo, demasiado bien conocido para admitir que pueda vivir, choca con otro mundo que no se conoce todavía, que sólo se ve hasta ahora en el estado nebuloso? ¿Cuáles son en el fondo las probabilidades de lo porvenir, las doctrinas exactas y el valor práctico de los sistemas por los cuales pretenden los socialistas remediar la anarquía actual?

Este es el estudio que nos proponemos al comenzar esta obra.

Semejante estudio no es fácil y corre mucho riesgo de no agradar á nadie.

Los conservadores encontrarán en él que reprender más aún que los socialistas sinceros. Efectivamente, no puede imaginarse las preocupaciones, las ignorancias, las ilusiones que reinan en las clases elevadas en todo lo tocante á las cuestiones sociales. No puede imaginarse sobre todo qué idea se forman de la propiedad personas que han presenciado tantas ruinas y que se figuran que la propiedad, á lo ménos la que ellos poseen, es una institucion sacrosanta asegurada para resistirlo todo.

Esta concepcion de la propiedad, digámoslo ya, es enteramente nueva y no se parece á nada de lo que se ha visto en lo pasado.

La propiedad, segun lo demostraremos más adelante, no ha sido jamás un dogma como se cree actualmente; es uno de los modos de organizacion de la sociedad, uno de los medios de cumplir la ley primordial, la ley vital, la ley de una existencia equitativa para todos, de asegurar el derecho de todos los hombres á vivir de su trabajo.

Para la Iglesia, la propiedad individual ha sido siempre una simple delegacion de usufruto en el régimen divino. La Iglesia ha señalado reglas para el ejercicio de esta delegacion; le ha agregado deberes; ha velado cuidadosamente, prohibiendo la usura y lo que los Padres de la Iglesia llaman «la execrable fecundidad del dinero» para que esa propiedad no excediera de ciertos límites y no se hiciera invasora.

Los que, testigos del espantoso desórden que reina en todas partes actualmente, se preocupan por reorganizar la sociedad sobre nuevas bases, sobre bases más racionales y

más justas, no son enemigos del reposo público que deban tenerse á cierta distancia como los vagabundos armados con gruesos palos y provistos de largas barbas contra quienes se hace ladrar los perros. Ciertamente que entre esos tales hay extraviados, odiosos, espíritus falaces; pero el fin propuesto por los socialistas de buena fe es muy noble y su obra muy necesaria.

Los encogimientos de hombros á que se entregan los conservadores de la clase media y los clamores de indignacion que lanzan así que se discute el principio de la propiedad, son tanto más extraordinarios en cuanto la Clase media vive en gran parte en la más monstruosa, en la más brutal, en la más sangrienta expropiacion que jamás ha contemplado el mundo. La clase media á la que la sola palabra de *nacionalizacion del suelo* hace dar saltos, olvida que esta *nacionalizacion* se ha verificado ya en este siglo. Sólo que, lejos esta *nacionalizacion* de aprovechar á todos, lo que no hubiera excusado las condiciones horribles en que se produjo, aprovechó unicamente á la Clase media, lo que debiera impedir que dicha Clase media protestara tan alto.

No han trascurrido todavía cien años desde que se aplicaron en Francia entera las teorías que, formuladas por los actuales Anarquistas, parecen horribles á los más indulgentes. Se ha encarcelado á personas de bien que, en su mayor parte, no eran siquiera nobles, que no representaban ningun papel político, á veces ancianos casi caducos, niños de diez y seis años; se les colocó en la tabla, se les cortó el cuello y se les tomó sus bienes, sus muebles, sus joyas, sus casas, sus prados, sus bosques...

Evocad el recuerdo de las conquistas que arrancaron un pueblo de sus hogares para introducir en ellos á recién venidos, nada hallaréis tan completo, tan implacable, tan ra-

dical. Buscad ahora alguna obra que os dé pormenores acerca de esta colosal sustitucion de los que no tenian á los que tenian y encontraréis la nada. Apenas si recogeréis algunas líneas acá y acullá.

Quizás nada explica mejor que este silencio la invisible y casi inconsciente solidaridad que une á los miembros de una misma clase. Se han escrito acerca de la Revolucion más libros que no quemó Omar en la biblioteca de Alejandria; se ha discutido á vista perdida acerca de las más mínimas jornadas de aquella época trágica, acerca del tiempo que hacia el 9 termidor y acerca del número de botellas que Henriot habia bebido; se ha investigado si era Barbaroux ó Busot el amante de M.^{me} Roland; se ha disertado acerca de las costumbres, los discursos, el color de los cabellos de los más insignificantes personajes revolucionarios; casi nada empero, se ha impreso acerca del inmenso movimiento de los bienes nacionales. La clase instruida, casi por entero, estaba indirectamente mezclada en esta operacion, pero jamás ha hablado de ella á fondo. Sobre esto se ha guardado silencio por espacio de ochenta años.

Más aún, se ha aceptado como palabras del Evangelio esta fórmula en la que yo mismo habia creido: «La Revolucion ha devuelto la tierra á los campesinos.» Esto es absolutamente falso, y los publicistas sociales, como los economistas oficiales, están acordes ahora en reconocer la inexactitud de semejante afirmacion. «Letrosne nos hace saber, dice Michelet, que al tomar Turgot el ministerio, la cuarta parte del suelo pertenecia á los labradores.» Pues bien, ahora, segun todas las estadísticas, los pequeños cultivadores no poseen la octava parte de las tierras cultivadas (1).

(1) Véase Chirac: la *Prochaine Revolution* y la *Revue socialiste* del 15 de febrero de 1887.

La verdad, escriben los autores de la *Cuestion agraria*, los SS. R. Meyer y G. Ardant, la verdad es que la Revolucion francesa no ha creado la pequeña propiedad, ni ha destruido la grande; ha arruinado á grandes propietarios, pero ha hecho salir de las filas de otra clase social á hombres que han adquirido los antiguos señoríos ó constituido, á fuerza de dinero, nuevos dominios. A la nobleza territorial ha sucedido la clase media rentista. La primera no estaba investida sino del *dominium directum*; la segunda disfruta tambien del *dominium utile*. Además, á los bienes de los nobles, ha añadido esta gran parte de las tierras de manos muertas, y de un siglo acá ha redondeado tambien su posesion con muchos campos comprados á los aldeanos. A falta de estadística puede averiguarse este último hecho por muchas observaciones particulares.

Asi es que la grande propiedad ocupa actualmente una superficie mayor que cien años atrás, y el derecho de los que la detentan tiene un caracter más absoluto y más resuelto que no tuvo jamás desde la época romana (1).

La venta de los bienes nacionales fué una operacion de

De 14 millones de cuotas, 64 p. %, es decir 8.000.000 no abrazan sino una cabida de 2.574.589 hectáreas de terreno imponible por 49.388.304 hectáreas de cabida total, ó sea el 5, 19 p. %, mientras que la grande propiedad de 50 hectáreas y más con 122.000 cuotas engloba una de 18 millones de hectáreas, ó sea más del 35 p. %, de territorio nacional cultivable. Toubeau, en su *Impôt métrique* y el periódico la *Terre aux Paysans* (director Maurice, 1885), nos dan la siguiente estadística:

Tierras no pertenecientes á los que las cultivan:

Montes, bosques, arenales, pantanos, terrenos sin cultivo, dehesas, pastos.	16 millones de hectáreas.
• Tierras cultivadas por colonos.	4 —
id. cultivadas por colonos arrendatarios.	12 —
40.000 propiedades de más de 100 hectáreas, cultivadas, cuando lo son, por jornaleros.	12 —
Casas y edificios, huertos, criaderos, jardines.	1 —

Total, 45 millones de hectáreas á deducir de los 49 millones; quedan para los pequeños propietarios cultivadores, 4 millones de hectáreas.

La parte de los pequeños cultivadores seria pues menor de un noveno.

(1) El autor de una obra muy interesante, la *Reforma agraria y la miseria en Francia*, Fernando Maurice, refuta, casi en los mismos términos, la leyenda de la tierra dada á los campesinos por la Revolucion:

agiotage hecha por los hombres que ocupaban el poder. Compraban casi á montones los innumerables papeles-moneda de la Revolución: asignados, (a) vales del cuarto, de tres cuartos, de los dos tercios, vales de atrasos, de requerimientos, y, en cambio, adquirían patrimonios magníficos (1)

En las poblaciones, el jacobino en ciernes, escribano cartulario, pasante de procurador ó de alguacil, hombre de negocios, antiguo intendente de castillo era el dueño absoluto. El desórden, que está aún disfrazado ahora por algunas apariencias, era entonces completo. Lo que Taine ha llamado «la anarquia espontánea» dominaba en todas partes. Desde el mes de setiembre de 1793 no había una autori-

«Tal como se presentaba la tierra antes del 89, dice, así mismo la encontramos al cabo de un siglo. El pequeño cultivador ha conservado su cabaña, el jardín que la rodeaba; el progreso se ha reducido á esto. Los 3.500,000 restantes obreros agrícolas empleados en las granjas, los parques, los jardines de los ricos no han ganado en ello ni siquiera el tener habitación propia, por miserable que fuera la casucha, porque no debe olvidarse que al lado de los 3.400,000 pequeños propietarios de menos de 5 hectáreas obligados, la mayor parte, á trabajar en casa ajena, la agricultura emplea todavía 3.500,000 trabajadores, verdaderos proletarios, sin poseer más que sus brazos para subvenir á su existencia y á la de su familia. Así se explica la emigración de los jornaleros de los campos, el abandono del trabajo de la tierra, emigración que se eleva en cincuenta años, de 1831 á 1881, por traslado á ciudades, á la cifra de 6 millones de individuos.»

La Revolución, sin embargo, no habrá sido inútil para todo el mundo, ya que, según M. Fernando Maurice, los Rothschild poseen 200 mil hectáreas de tierra en Francia.

(1) El papel moneda había bajado rápidamente á uno por ciento de su valor nominal. El luis se cotizaba al final en dos mil cuatrocientas libras. Ramel que dirigía la Hacienda nacional, cómo calcular el precio que se ha sacado de ellos cuando se consideran los valores admitidos en pago, los asignados á la par ó al precio corriente, los mandatos de la deuda pública, los bonos de tercio, de los dos tercios, del cuarto, los certificados de liquidación, las órdenes de los ministros, las compensaciones, etc? (*Des Finances de la République: an IX.*)

Ramel valua los bienes nacionales vendidos en 16 mil millones en Francia y 3 mil millones en Bélgica.

(a) Papel moneda creado en Francia en 1789 y abolido en 1796. (N. del T.)

dad en Francia capaz de dar y comprobar una cuenta (1).

Seguid ahora el majestuoso paseo de antiguas hayas ó de castaños que conduce al castillo y le da de antemano el aspecto grave de las cosas de antiguos tiempos, traspasad la reja y encontrareis en el salon á un bravo gentil hombre, alguna elegante patricia. Los muebles antiguos, las credencias, los cofres adornados con ricas coronas heráldicas, se confunden allí con los refinamientos del lujo parisiense. Se está leyendo el *Figaro*, en él ve, no sin estremecimiento, en un artículo firmado por Chincholle, que los oradores del *Avant-garde* ó de la *Panthiere des Batignolles* han desarrollado sus teorías: «Volarlo todo, quemar los títulos de propiedad, instalarse en la casa de los ricos.»

«¡Qué horror! ¡qué hombres tan infames! exclama en coro la reunion.

(1) *Les finances de l'Ancien Régime et de la Revolution* por M. René Stourm. M. René Stourm ha dado algunas cifras acerca de los bienes nacionales, pero sin entrar en los pormenores vivientes. Hojeando las escrituras de rentas y comparándolas con los recibos, pudiérase escribir un trabajo muy interesante acerca de ese movimiento casi desconocido: investigar el destino de las familias que se han enriquecido merced á estos medios. Sería esta una obra de grande utilidad social pero no se debiera exagerar la cuenta para ser nombrado académico.

Los jefes de la banda negra llevaron á cabo de este modo razzias verdaderamente formidables.

«Algunos dias antes del 18 Brumario, dice Avenel en sus *Lunes revolucionarios*, había cerca de cien mil cuentas por arreglar acerca de las ventas consumadas, y en cuanto á la extensión de las fortunas adquiridas, puede uno formarse idea de ellas por la del proveedor Ouvrard, quien, en 1804, podía perder, sin quebrantar apenas su crédito, las tierras de Prenilly, de Azay, con un bosque de 7,000 fanegas, las haciendas de Châeauneuf, Saint-Gratien, de Villandry, Saint-Brice, Marly, Luciennes, la mitad de 84 alquerías cerca de Colonia, alquiladas en más de 600,000 francos al año, cinco casas de la calle de la Chaussée d'Antin y calle de Provenza, una casa de la plaza de Vendome, el palacio de Montesson, etc.

Propietario del Raincy, lo había embellecido, ensanchado, y daba en él fiestas á lo Luis XIV.»

Aunque el hecho sea menos general que ahora, muchos hombres políticos estaban asociados en las casas de banca. Cambacérés fué algun tiempo el jefe de contencioso de la casa Ouvrard.

Y de los follajes del parque, de los bosques señoriales, del estanque que fué posesion de monjes, sale una voz que grita: «¡Calle! ¡Está hablando el abuelo!»

Efectivamente; no hay todavía cien años, el abuelo ó el bisabuelo hablaba como los oradores de la *Pauthère des Batignolles* y obraba conforme hablaba.

Llamábase Bruto ó Scevola, miembro influyente de la sociedad popular, administrador del distrito, juez en el tribunal revolucionario, era un Robespierre en miniatura en aquel rincon perdido, lejos de todo camino real. ¿Quién se lo hubiera podido impedir? Francia era tal como se la ve en un raro y atractivo grabado popular: sacudida como por un cataclismo terrestre, surcada por relámpagos con resplandores de incendio en el horizonte, ciudades que se derrumban, soldados en marcha por todos los caminos y partiendo para la guerra, para la guerra que durará veinticinco años...

El abuelo se ocupaba diligentemente en ojear á los de enfrente ó á los ricos «sospechosos solamente de ser sospechosos» como se decía entonces.

A veces, á instancias de ese patriota celoso, se trasladaba la guillotina, y en el hermoso paseo que hay allí, ó en la plaza sombreada en la cual el señor, dos años antes, hacia danzar por las tardes al son de las dulzainas, se guillotina-ba al viejo caballero de San Luis, y á su compañera de cabellos blancos, y á la niña apenas mujer que los aldeanos amaban tanto en otro tiempo. Después, vendíanse en pública almoneda el castillo, los bosques, las granjas, que se daban por un puñado de asignados, por el precio de algunos árboles, y en el país aterrorizado, nadie, como es muy de creer, se hubiera atrevido á pujar contra el abuelo.....

Todo esto se hizo muy rápidamente, en dos años. Cada cual operó donde estaba, tomó lo que estaba á su alcance, lo que le convenia, como lo recomiendan los actuales Anarquistas.

En muchos puntos funcionaban comités, tribunales revolucionarios que el comité de Salvacion Pública de París no conocia. Cada procónsul empleaba el medio que le parecia más adecuado para expoliar al prójimo. En Moulins, Fouché hacia exponer á los ricos debajo de la cuchilla de la guillotina hasta que hubiesen entregado lo que se les pedia; tambien habia mandado expediciones nocturnas para desbalijar las casas (1).

Otros jacobinos saqueaban sencillamente en las carreteras como Javogues, el amigo de Fouché, y su inseparable Charrey. Después del 9 termidor se colgó á algunos de ellos. En un campo perteneciente á mi cuñado, se enseña todavía el aliso donde colgaron á Charrey; el recuerdo de este hombre habia quedado muy vivo en el país y los ancianos recordaban perfectamente haber sido desbalijados por él en la carretera.

Los que no fueron degollados en los primeros momentos llegaron á ser alcaldes, magistrados, personas influyentes, duques á veces, como Fouché. Pocos años há se suicidó una judía casada con un duque de Otranto, é ignoro si hay todavía un duque de Otranto, pero si existe uno y hubiese tenido la ocurrencia de presentar su candidatura en un gran círculo, al propio tiempo que yo, tendria muchas más probabilidades de ser admitido que yo, cuyos padres no hicieron nunca mal á nadie.

(1) Divídese en once cuadrillas. Cada cuadrilla está encargada de visitar y saquear de ocho á diez casas. Al frente de cada cuadrilla, un miembro del comité y un jefe municipal acompañados de cerrajeros y de la guardia revolucionaria. Se va á las casas de los detenidos ó de otros particulares. Se descerrajan las cómodas y los armarios cuyas llaves no se hallan. Se roba el oro y la plata acuñados. Se lleva tambien la plata, las joyas, los utensilios de cobre y otros muchos objetos, mantas, relojes, carruajes, etc. No se dá resguardo. No se consigna lo que se ha llevado.» (*Documentos justificativos*, n.º 19. Conde de Martel: *Tipos revolucionarios*).

El miembro de este círculo que votaría á favor del descendiente de un hombre que hizo degollar miles de ancianos, mujeres, niñas, gesticularía como un mono si yo le dijera: «Permitidme que os presente uno de los más enérgicos soldados de la Commune, con quien he emparentado algunos meses há.»

Al cabo de muy poco tiempo, comenzaba el olvido. La propiedad se había dislocado; los hombres se habían colocado: la Revolucion estaba hecha.....

Quince años después, todo estaba arreglado, como se arreglaría,—sépanlo bien los conservadores ciegos,—la revolucion social que les desposeyera. El sol continuó haciendo sazonar las cosechas en los campos, que habían cambiado de dueños, y el perceptor reemplazó al receptor de contribuciones que cobraba antiguamente impuestos menos onerosos. Hablóse algun tiempo, en voz baja, en las cabañas de esos acontecimientos singulares, pero muy pronto el mismo campesino no quiso pensar más en la época que él llamaba: «El tiempo del mal papel y del grande espanto.»

Apenas si hace veinte años, encontrábase á veces alguna anciana labradora, totalmente quebrantada, que os enseñaba un santo de madera salvado por ella de la hoguera cuando quemaban las sagradas imágenes en medio de la aldea, y que evocaba en algunas palabras que parecían fantásticas, el aspecto de un rinconcito del país durante el Terror.

Hablando de la Revolucion con los Goncourt, con motivo del libro que acababan de publicar acerca de María Antonieta, Montalembert lamentaba, algo cándidamente, que no se hubiese reconstituido, con el auxilio de las tradiciones orales, la época de transición, la fisonomía de la Francia provincial en los años que siguieron al Terror. En adelante es demasiado tarde para semejante libro. Los

expoliadores enterraron la historia, como habían enterrado á sus más ilustres víctimas, en la cal viva..... Los mismos desposeídos no pensaron en escribir nada y acabaron por vivir, en buena inteligencia con sus expoliadores.

Recuerdo un excelente noble de Bretaña, verdadero representante de raza expirante, amable y cortés á cuanto cabe, compositor de música, que arreglaba sus escudos de armas en tapicerías para adornar su casa, y entregándose á interminables partidas de piqué con un descendiente de Terrorista que poseía la mayor parte de la hacienda de la antigua familia.

Cierto día de invierno, después de la partida, hojeando, en compañía de su asociado de juego habitual, unos papelotes que uno de sus tios había recogido en el país, mi castellano encuentra la orden de ejecución de su abuelo firmada por el abuelo del que tenía en su casa, en su presencia..... Púsose pálido y se esforzó por disimular el documento, para no apenar á su huésped para quien tuvo después más consideraciones, y cortesanía. Repito que estas razas están extinguidas, ni ya tienen sangre en sus venas.

Es indudable que el Destino pesa cruelmente sobre los descendientes de asesinos. Al rededor de ciertas moradas, testigos de sacrilegios más odiosos que los demás, parece que revolotean continuamente los malos genios inspiradores de crímenes ó las Fatalidades que, antiguamente, alejaban cada uno de los lugares frecuentados.

Aquí está la antigua abadía fundada por Archambault de Comboin, el Glandier, que saqueada en 93 fué vendida á vil precio. El primer ocupante acabó mal, y no tuvo mejor suerte el segundo; casó con María Cappelle.

Allí, muy cerca de esta, una abadía de Cartujos es igualmente profanada. Todos cuantos se suceden allí den-

tro, mueren trágicamente. El último poseedor, á quien se creía rico, se casa con una jóven que lleva un excelente nombre de la antigua Francia, el nombre de una familia ducal que fué célebre por sus cuatro costados: tiene de ella dos hijos; un niño y una niña. El hijo sienta plaza, se le envia á las compañías disciplinarias y muere fusilado al poco tiempo; la hija, después de una serie de raras aventuras, acaba por casarse con el relojero Pel.

Si han descargado catástrofes y desgracias extraordinarias en gran número de familias cuyos jefes habian recogido sus títulos de propiedad en el cesto de su víctima de los cadalsos; otros han prosperado, reservados quizás para castigos más terribles: *re male quæsitâ non gaudet tertius hæres.*

Poco á poco, los descendientes de los Brutos y de los Scevolas llegaron á persuadirse de que ocupaban el castillo de padre á hijo desde siglos, agregaron á su nombre el de la propiedad, invitaron al párroco, hicieron limosna, vistieron á los niños pobres para la primera comunión.

En ciertos países, como Bretaña, los descendientes de los Terroristas son ahora los campeones del trono y del altar. Esto es uno de los hechos más curiosos que puedan verse.

En ninguna parte más que en estas regiones, donde todo es inmutable, se presentan más sorprendentes todavía las escenas de la Revolucion. En el gran silencio que envuelve aquella tierra, parece oírse aún cierto postrero rumor de acontecimientos terribles y que el día ántes tuvo lugar allí una batalla ó una ejecucion en masa. Sin esfuerzos de imaginacion, el ánimo resucita la Chuaneria, (1) la vida nocturna, el grito del buho que servia de llamada, la señal dada al

(1) Dábase el nombre de *Chuan* al insurgente de la Vendée y de la Bretaña, cuando la Revolucion francesa. (N. del T.)

pasar cerca de una cabaña con un silbido, la misma naturaleza uniéndose al hombre que combate por su hogar, aviándole, protegiéndole, ocultándole.....

Caminando á lo largo de la playa del mar, en el polvo blanco y fino que conduce á Plouharnel, cruzando Saint-Colomban, pueblo semi salvaje, situado en una ribera escarpada, donde se os enseña todavía la piedra sobre la cual Monseñor de Hercé dijo la misa al ejército real, se asiste verdaderamente al drama de Quiberon, como si pasara á vuestra vista. En el campo de los Mártires, junto al que corre el Loch con sus aguas murmurantes, parece que se ven pasar sombras heróicas entre el murmullo de los alerces y de los pinos siempre verdes.

En todo el país, alrededor de la aldea de Kerleano, ciérense la figura animosa de Jorje, de sus padres, de sus compañeros. Es Mercier la Vendée, Julian, el hermano de Cadoudal, un bardo hermoso como el día. Habia lanzado el fusil, y habia vuelto á trabajar en los campos; le prenden, pisoteando la fé jurada, mientras que tenia aún el mango de su arado, y los gendarmes que, segun ellos le dijeron, debian llevarle á Auray, le fusilaron en el camino..... La última noche que pasó en la cárcel, compuso un *lied* que las jóvenes de los alrededores de Auray cantan todavía en memoria del jóven mártir.

Nada tan dulce y tierno como este pastoril en una Iliada, este *sonnet mami* en el cual el guerrero intrépido vuelto á labrador, evoca, en el fondo de un calabozo, todos los recuerdos de la vida campestre. Toda la Chuaneria está allí en su poesía tierna y fuerte, almas de niños, corazones de héroes:

Er prison p'en don entraet
Er basse fos è on taulet

M' en e ma oueit me brer Jozon
Que n' er hlenan quet mui e son?

M' en e ma oueit me houer Marie
Que n' er guelan quet drè en ty?

M' en e ma oueit parken me zad
Ma ven et hai e labourat

M' en e ma oueit roused me zad
E gassent d' er prad de vouitat?

A peine suis-je entré dans la prison
Qu' on me jette dans un noir cachot

¿Où est allé mon frère Joseph
Puisque je ne l' entends plus chanter?

¿Où est allée ma sœur Marie
Puisque je ne la vois plus dans la maison?

Que son devenus les champs de mon père
Que je labourais autrefois?

Les chevaux de mon père que je menais paître
A la prairie, où sont-ils allés (1)?

¡Qué excelente plebeyo ese Jorge que hace vivir otra vez, en toda su grandiosa sencillez, el libro que acaba de publicar su sobrino Jorge de Cadoudal! En su mano estaba vivir, ser coronel en el primer ejército de Europa, y ese hombre de temperamento sanguíneo, en quien sobreabunda la vida, se resigna á morir, no quiere abandonar á sus fieles bretones. ¡En qué términos les habla, en el patio del Temple, al salir para la Conserjería!

«Cuando no os sintais bastante fuertes en vosotros mismos, miradme á mí, pensad que yo estoy con vosotros; pensad que mi suerte será la vuestra; si, mis queridos hijos, nosotros no podemos tener diferente suerte, y esto debe

(1) Inego que hube entrado en la cárcel, metiér onme en negro calabozo—¿Dónde ha ido mi hermano José á quien ya no oigo cantar?—¿Dónde ha ido mi hermana María, á quien no veo ya en la casa?—¿Qué se hicieron los campos de mi padre, que ántes cultivaba yo?—¿Dónde han ido los caballos de mi padre que yo llevaba á la pradera?

animarnos y embellecer nuestra posición. Sed pues dulces é indulgentes unos para otros; redoblad consideraciones, que suertes comunes den nueva fuerza á vuestros afectos. Nada de mirar atrás, estamos donde estamos, somos lo que Dios ha querido que seamos; muriendo hagamos votos para que nuestra Patria arrancada al yugo que pesa sobre ella, vuelva á ser dichosa bajo el cetro paternal de los Borbones. Jamás olvidemos que esta cárcel que vamos á dejar es aquella de donde no salió Luis XVI sino para ir á la muerte: que su sublime ejemplo os ilumine y os guie!»

En su cárcel, este gran soldado de Francia y de Cristo hacia decir mañana y tarde la oración á sus compañeros, ayunaba los días prescritos por la Iglesia, y, el 25 de julio de 1804, cuando cayó la cuchilla y separó de aquel cuerpo robusto aquella gruesa cabeza de cabellos rizados, la cuchilla interrumpió las últimas palabras de la Salutación angélica que Jorge rezaba todavía al subir al cadalso.....

¿No es verdad que todo esto os parece de sobrehumana grandeza y no es una idea particular, para un país que ha sido el teatro de una epopeya semejante, escoger para representar el principio monárquico á los descendientes de las personas que cortaban las cabezas en 93?

Cuando los Bretones bretonistas me hicieron ver esas preferencias raras, confieso que me quedé sorprendido, y casi incrédulo. Sin embargo, nada más exacto.

Ambrosio-Santiago Mateo Caradec, hijo de Santiago-Francisco, abogado, vecino de Vannes, en la parroquia de Saint-Patern, abuelo de M. Alberto-María-Ambrosio Caradec, abogado, que representa actualmente en la Cámara la patria de Cadoudal, no estaba, cuando la Revolución, entre los héroes que acudieron al llamamiento de los párrocos para defender los santuarios profanados. Entró, es verdad, en

aquella época, en la catedral de Vannes, pero fué cuando los revolucionarios celebraban en ella un simulacro de asamblea electoral, para intrigar allí y obtener los cargos de *acusador público* que cambió luego por los de juez en el tribunal del distrito de Vannes.

Presidente el tal Caradec de los Amigos de la Constitución en Vannes, poco tierno para los nobles y los sacerdotes, no se durmió, después de las ejecuciones, para apoderarse de los bienes que le parecieron convenirle. Si el nieto es un conservador ardiente, el abuelo era un adquirente celoso y los miembros más hambrientos de los grupos anarquistas, los del *Toecin*, de la *Aiguille*, de *Glaive*, los *Coeurs de chène* mismos, se contentarian á buen seguro con la raja que él se adjudicó.

Á los Carmelitas de Nazareth les tomó tres haciendas del lugar de Plescop, los molinos de agua de Beaudet de los Robieu, é innumerables haciendas sitas en Poutscorff, Ploërmel, Monyonet, Plougoumen, Rumengol, y pertenecientes á los Jacquilot de Boisrouvray, á los Bourgneuf, á los Gicquel del Nedo, á los Lambilly. También tomó por valor de 400.886 francos, que le costaron un puñado de asignados, porque se deja adivinar que no se discutía con el señor acusador público, y que las personas que había guillotinado ó que se estaban batiendo no estaban allí para hacer valer sus derechos (1).

El ciudadano Guillo (Juan-Vicente), abuelo de M. Guillo del Bodan, que lanzaría gritos horribles si se intentara menoscabar el principio sagrado de la propiedad, tampoco fué á reunirse con los Chuanes que estaban en campaña;

(1) Un periódico de Bretaña, el *Derecho monárquico*, publicó, con fecha del 1.º de octubre de 1885, la lista completa de esas adquisiciones que llenan toda una página del periódico.

pero, profundamente afectado, sin duda de cuanto pasaba, se consoló de las desdichas de la época llevando á cabo una verdadera razzia de bienes de la Iglesia. El cortijo, cercados y bosques de Kernipitur pertenecientes á los Dominicos de Vannes, el cortijo de Monsterian de los Carmelitas de Nazaret, las marismas de Púsmain en la abadía de Saint-Gildas-de-Rhuys, en donde fué prior Abelardo (1), todo le pareció bueno y lo tomó todo.

Debe creerse que el bisabuelo de Lamarzelle (Alejo Luis, Julian Leonor) estaba todavía más desconsolado que los demás al ver á su Rey arrastrado al suplicio, derribados los altares, obligadas á huir las personas más honradas, porque él sólo compró por 866,661 francos de bienes nacionales, bienes de emigrados, y bienes eclesiásticos además. Por unos cuantos papelotes orlados con el gorro frigio obtuvo los cortijos, los molinos de agua, los molinos de viento, las praderas de los Champion de Cicé, de la duquesa de Dugueselin, de los Mayon de la Lande, de los Guestin de Lavauguyon, de los Rohan-Guemené; á lo que añadió los sotos, prados, pastos, casas, jardines, tierras, arenas del priorato de San Martin de Josselin, de los Cartujos y de los Francis-

(1) Al lado de familias de la clase media que mejoraron su posición con el despojo, se encuentran conmovedores arrepentimientos, luchas de conciencia que enternecen entre ciertos adquirentes de bienes eclesiásticos. Un hombre honrado llamado de Lange se dejó inducir á comprar en Sarzeau, en la península de Rhuys, un convento de Trinitarios y había ido á habitarlo. Todas las noches, veía el desdichado apariciones bajo la forma de carneros blancos que le recordaban el hábito de los antiguos Trinitarios; veía carneros blancos en los patios donde crecía la yerba, en los largos corredores donde el viento del mar penetraba con violencia, en las celdas, donde santos religiosos habían tanto tiempo meditado y orado. Más escrupuloso que los diputados del Morbihan, no pudo soportarlo nuestro hombre; cedió la propiedad mal adquirida á la congregación de Picpus, y, el mismo día en que se firmó la venta, sintió decender sobre él profunda paz, no vió más carneros blancos, se paseó tranquilo por entre las ruinas y murió como un santo en el antiguo convento.